

# REVISTA VASCONGADA

Organo de la Sociedad Económica Vascongada

DE

## AMIGOS DEL PAIS

(SEGUNDA ÉPOCA)

Director: EXCMO. SR. CONDE DE TORRE-MUZQUIZ



SAN SEBASTIÁN

PALACIO DE BELLAS ARTES

Imprenta de «La Vez de Guipúzcoa»



# REVISTA VASCONGADA

Órgano de la Sociedad Económica Vascongada

DE

AMIGOS DEL PAIS

(SEGUNDA ÉPOCA)

DIRECTOR: EXCMO. SR. CONDE DE TORRE-MUZQUIZ



SUMARIO: Iluminación del Litoral Vascongado, por A. M.—Revista Musical, por D. Angel María Castell.—De la Tuberculosis pulmonar. (Conferencia dada en la Sociedad Económica Vascongada de Amigos del País, el día 21 de Enero de 1900, por el Dr. D. Tomás Acha).

## Iluminación del Litoral Vascongado



LA feliz iniciativa de la Cámara de Comercio de Vizcaya para la mejora de los faros de Machichaco y de la Galea, ha puesto en línea de estudio el interesante problema de la buena iluminación de estas costas.

Los grandes capitales dedicados en Bilbao á la industria de los trasportes marítimos, el creciente desarrollo de la navegación, promovido en gran parte por las mejoras del puerto, y los progresos que en las naciones más adelantadas se han obtenido en el alumbrado marítimo, han movido á la Corporación citada á fijar su atención en la conveniencia y utilidad de mejorar el arribo al importante puerto de Vizcaya.

Desde los tiempos más remotos, toda idea dirigida al mejoramiento de las luces de costa, fué acogida con verdadera y sincera simpatía, y es que aparte del interés material que á la Sociedad pudiera reportar la navegación, existe el natural impulso de agradecimiento hecho en honor del esfuerzo de los hombres en sus luchas con el mar.

Los riesgos mayores se presentan cuando después de una larga travesía se acerca el buque al término de su viaje, y el poner

todos los medios que estén á nuestro alcance para hacer más segura la navegación costanera y el ingreso en los puertos, es cuestión vitalísima para el desarrollo de los intereses materiales, al propio tiempo que problema de humanidad.

Al adelanto obtenido en los trasportes marítimos y terrestres en todo este siglo deben la civilización y el progreso sus mayores conquistas, y justo es que ambos rindan el debido tributo de simpatía á cuanto tiende á su mejora y perfección.

El ilustrado Presidente de la Cámara de Vizcaya, Sr. Alzola, nuestro distinguido paisano, encargado en la actualidad de la Dirección de las Obras públicas, ha fijado su atención en este interesante problema, y todos podemos confiar en que su poderosa inteligencia, unida á su amor al trabajo y al cariño que siente por el progreso nacional ha de influir de modo decisivo en la resolución práctica del mismo.

Las reformas del faro de Machichaco, sustituyendo sus lentas indicaciones por otras más rápidas y en armonía con las necesidades de la navegación, que requieren corto tiempo para fijar la situación del buque, y el mayor alcance en la luz, haciendo desaparecer, si posible fuera en la combinación general, las apariencias rojas por las blancas de mayor intensidad, interesan tanto á Vizcaya como á Guipúzcoa.

Ese faro es el de recalada en este litoral y la luz avanzada que señale al navegante su proximidad á la costa vascongada.

En orden de importancia, es natural que Vizcaya ponga á continuación de la reforma de Machichaco la del faro de la Galea, que en combinación con aquel señale la entrada al abra de Bilbao. Toda mejora en esta luz es de beneficios positivos para su puerto, y con la categoría que este tiene en el litoral cantábrico también de verdadero interés general.

Aquí en Guipúzcoa, una vez realizada la sustitución del faro Machichaco, que como indicamos es la esencial, caben algunas modificaciones en el alumbrado que mejorarían sensiblemente los intereses de la industria naviera.

Los faros de Guipúzcoa son los siguientes:

Or. en del aparato	Nombres de los faros	Clase de luz	Alcance en millas.
4.º	Higuer	Luz roja variada por eclipses á intervalos de 0 en 50 segundos.	16
4.º	Pasajes	Luz fija blanca en todas drs.	10
6.º	L. Santa Clara	Fija blanca en todas drs.	9
3.º	S. S (Igueldo).	Fija blanca variada con destellos rojos de 2 en 2 ms.	15
5.º	Guetaria (S. Anton).	Fija blanca.	10
5.º	Zumaya.	Fija verde.	8

De todos ellos, tanto para la navegación de altura como para la costanera, es el de mayor valimiento el de San Sebastián, que en unión del de Machichaco en la provincia hermana y del de Biarritz en el litoral francés, completa la iluminación de este seno del golfo de Vizcaya.

La luz de Igueldo, que en su principio no tenía más que luz blanca variada por destellos del mismo color, perdió en alcance y eficacia en la última combinación que para el alumbrado de la costa cantábrica se hizo, en armonía con la próxima francesa. Se acordó que los destellos blancos fueran sustituidos por los rojos, y con esto, no tan solo se ha disminuido el alcance, sino que á ciertas distancias y en días de cerrazón, se divisa la luz fija blanca y no los destellos rojos, quedando convertidos estos en eclipses,

alterándose radicalmente las apariencias y causando con ello los consiguientes perjuicios y peligros á la navegación. Si á esto se añade que las indicaciones dadas cada 2 minutos por los destellos son lentas, habrá que convenir en que es interesante sustituir la luz de Igueldo por otra que no tenga los inconvenientes citados.

Esto, que antes no era tan sencillo realizar, porque no era fácil desechar de las combinaciones el color rojo de los faros de los primeros ordenes, y no era práctica tampoco la implantación de apariencias más rápidas, con los adelantos ya obtenidos es posible sustituir la luz de San Sebastián por otra moderna de más rápidas indicaciones y de mayor alcance. Aunque las apariencias fueran las mismas, si la combinación con la reforma que se estudia en Vizcaya y con los faros del litoral francés lo permitieran, con solo hacer desaparecer las pantallas rojas que se colocaron en la última modificación se obtendría una mejora de cuantía para el faro de esta ciudad.

Es de orden más secundario para el navegante, pero también de gran interés, dar alguna más importancia á la luz que guía al vecino puerto de Pasajes. Ciertamente es que su situación queda bien señalada con la de San Sebastián, pero el aumento y tonelaje de los buques que á él arriban requiere un mejor alumbrado.

Aparte de estas modificaciones que afectan á lo hoy establecido en esta costa, la resolución del problema de las luces de enfilación en el canal de Pasajes, que den seguras indicaciones para el ingreso, fijando los variados rumbos que deben seguirse, interesa también sensiblemente á la navegación.

Con las reformas iniciadas en Vizcaya por la Cámara de Comercio y con las indicadas que pudieran establecerse en los faros de San Sebastián y Pasajes, así como con la implantación de nuevas luces para señalar las enfilaciones de entrada por el canal de este último puerto, creo que se realizaría sin grandes sacrificios una obra

que había de representar un gran paso en el camino del progreso.

Confiemos en que nuestro distinguido paisano el Sr. Alzola ha de poner todos los medios á su alcance para establecer estas y otras mejoras en el servicio de las Obras públicas, cuya gestión se le ha encomendado por fortuna para todos. Ha iniciado bien su jornada y no dudamos que la terminará mejor.

A. M.

---

## Revista Musical

---



**B** RILLANTE por todos conceptos ha sido la campaña artística musical de la Sociedad Económica Vascongada durante el último invierno.

Comenzó el día 12 de Noviembre con un notable concierto.

El programa lo componían obras de Leo Delibes, Schuman, Godard y Wagner, que interpretadas por la orquesta que dirige el maestro Larrocha, fueron muy del agrado del público; y en verdad que esta orquesta es cada vez más notable, pues hay que tener en cuenta con qué elementos propios se ejecutan obras de gran dificultad y delicadeza, contribuyendo muy mucho á ese resultado los alumnos que de la Academia de música toman parte, siendo buena prueba de ello la *Chanson* en la *suite* de Leo Delibes cantada por el Sr. Villalengua de una manera delicada más propia de un artista que de un alumno, y la masa de cuerda formada en parte con alumnos de las clases de violín, viola, violoncello y contrabajo.

Todos los números de esta *suite* fueron muy aplaudidos, habiendo merecido los honores de la repetición, la *Siene du Bouquet*, el *Passepied* y la *Chanson*, cantada, como decimos más arriba, por el alumno de la clase de canto de la Academia de Mú-

sica de la Sociedad en que se celebraba el concierto.

Tanto el Sr. Villalengua como su profesor el Sr. Echeverría (D. José María) fueron muy felicitados.

En la segunda parte se puso más de manifiesto los progresos que va haciendo la orquesta, bajo la hábil dirección del maestro Larrocha. Tanto la difícilísima overtu-  
*ra Manfred* de Schumann, como el coro de hilanderas y *Erinerung* de Wagner y el Scherzetto de Godard, obtuvieron una interpretación magistral. Se repitieron el Scherzetto de Godard y *Erinerung* de Wagner.

En el segundo concierto hubo una parte que constituyó un *bouquet* delicadísimo de obras cortas pero valiosísimas, como el *Chant du soir*, de Schumann, que mereció los honores de la repetición, porque fué muy bien interpretado; la *gavota* de Bach; el minuetto de Mozart, que también fué repetido entre atronadores aplausos, justo premio á los profesores y especialmente á los violines primeros, que la tocaron admirablemente, dando mucho relieve á la encantadora página del gran maestro y diciendo muy bien sus bellísimas frases; la danza de Silphes de Berlioz, también bordada por la orquesta y la Meditación de grandeza armónica y de placidez celestial que resultó admirablemente interpretado por el Sr. Cendoya con el órgano y por los demás profesores con los instrumentos de cuerda.

Pasamos por alto el memorable concierto dado por el cuarteto Arbós, porque de él nos ocupamos en otra ocasión en esta REVISTA.

Fué, indudablemente, una de las más grandes solemnidades artísticas de cuantas se han celebrado hasta aquí en el Palacio de Bellas Artes.

El concierto del 7 de Enero fué notable, por cantar en él la Sra. Compagny de Aranzabe, que honró el escenario de la sala de la calle de Euskal-Erría al prestar su concurso á la Sociedad, y obtuvo una entusiástica ovación.

El día 28 de Enero dió un concierto el joven violista D. César Figuerido.

En la segunda parte tocó una rapsodia vasca, de la que es autor, página bellísima en la que ha reunido unos cantos populares artísticamente engarzados y adornados con profusión de pedrería de ley.

La sirve de introducción un tiempo de zortzico rematado con una cadencia brillantísima, en la que ha acumulado dificultades á lo Sarasate, y la siguen un pasacalle de silbos perfectamente imitados por el arco y las cuerdas; el auresku con elegantes variaciones; la típica marcha de pitos, con la cual van á la plaza de San Juan, en Irún, las fuerzas del *alarde* de San Marcial; el «Iriyarena» donostiarra y una danza final de auresku.

Merece especial mención el concierto celebrado el 19 de Febrero.

Empezó el concierto por el estudio de dobles cuerdas, de Monasterio, ejecutado por la mayor parte de los alumnos de la clase de violín, de modo impropio de sus pocos años, pues tanto en la afinación como en la seguridad de ejecución se vé claramente sus rápidos progresos.

El alumno de la clase de órgano señor Bereciartua nos probó de manera manifiesta la buena dirección de su celoso profesor don Bonifacio Echeverría, pues tanto en la *melodía* y *canzona* de Klein como en el *Epithalame* de Guilmant, demostró que va por el camino que conduce á ser un *virtuose* en tan difícil instrumento. El número tres, encomendado á la señorita Tapia es el que por sus especiales circunstancias despertó más simpatías.

Esta alumna, modesta obrera de la Fábrica de Tabacos, aprovechando el poco tiempo que le deja su trabajo y dedicando al estudio horas que se quita de su descanso, cantó la preciosa canzoneta «Tristeza», de Alvarez, de un modo delicadísimo, pues si bien su voz aún no es extensa, el instinto y la buena escuela hacen ver una finura en el fraseo que sorprendió al auditorio, el cual, entre vivos aplausos, la obligó á repetir tan bella composición.

Damos nuestra enhorabuena á su profesor don José María Echeverría por los resultados que va obteniendo en sus clases, á las cuales sabemos que asisten buen número de alumnos, y lo que ha sido hasta hoy más difícil, buen número de alumnas; nos congratulamos de ello, pues ese es el modo de obtener brillantes resultados, tanto en las obras de conjunto vocal como en las de carácter.

El estudio de concierto de Monasterio fué interpretado por el joven violinista señor Basurco con justa precisión, haciéndose notar por su brillantez en el sonido así como por la flexibilidad del arco.

La clase de conjunto ejecutó la gavota de J. M. Echeverría y dos números de la *suite* de Boellman «Heures mystiques», como consumados profesores, pues era unánime la opinión de que tanta fibra y tanto calor es propio de artistas hechos; los primeros violines llamaron la atención por su igualdad, por su gran sonido y elegancia en el arco, así como los demás por su afinación y seguridad, siendo la labor más notable el Andantino de Boellman, donde pusieron en juego todos los resortes del matizado, que ponen de manifiesto el *amore* y la buena dirección del Sr. Larrocha; por ese camino se va muy lejos, pues lo que se presagió en los comienzos de esta Academia vemos hoy una halagüeña realidad. Las obras de conjunto ejecutadas por estos jóvenes alumnos son prueba evidente de nuestros asertos, pues no sólo en su difícil interpretación, sino acompañando á la señorita Tapia y al señor Villalengua, pudimos apreciar la solidez de su enseñanza, haciendo un *ensemble* delicioso.

El señor Villalengua, alumno de la clase de canto y ya conocido de nuestro público, dijo de un modo magistral la cavatina de Valentín del *Fausto*, obteniendo los honores de la repetición, pues dicho joven demuestra notoriamente sus adelantos, tanto por la bravura en las notas agudas, como por lo potente y bien timbrado del registro medio. Buena escuela y buena dicción; así se llega.

El señor Iruretagoyena, alumno de la clase de violoncello, puede estar satisfecho del paso agigantado que ha dado en tan poco tiempo; en el tema ruso con variaciones de Franchomme, se nos reveló como un violoncellista que honra á su maestro; gran sonido, sólido mecanismo y gran seguridad son condiciones que posee; dijo muy delicadamente el tema (sentido canto popular ruso) y en las variaciones hizo gala de sus grandes dotes; le felicitamos muy de veras por sus grandes progresos.

Terminó el concierto con el intermezzo de *Cavalleria Rusticana*, interpretado por la clase de conjunto y de órgano; electrizó al público, que hubiera oído gustoso su repetición, pero lo avanzado de la hora y la excesiva modestía de su director señor Larrocha, nos dejó con la gana.

El concierto infantil del día 18 de Marzo dejó gratísimo recuerdo.

En la segunda parte tocó el niño José María Usandizaga el primer tiempo del concierto en «do» de Mozart, y le tocó con corrección irreprochable, con gusto verdadero, con brillantez que revelan en él un talento y un entusiasmo dignos del mayor encomio. Es verdad que este *veterano* llevado de su vocación á la música no pierde un solo concierto de Bellas Artes y del Gran Casino y cuando son de música clásica los escucha con tanto fervor, que no habría juguete en el mundo que diese al traste con su seriedad de *hombre* de... doce años.

En el *air de Ballet* de Chaminade que tocó después muy bien y con mucha elegancia y en el capricho *Au moulin* de Jensen con que correspondió á las ovaciones del público, se mostró el pianista precoz cuyas felices disposiciones hacen ya de él más que una esperanza: una realidad á la que Leo de Silka con su maravilloso instinto artístico alienta convencido de lo que es y de lo que llegará á ser.

El triunfo debe servirle de poderoso estímulo para perseverar en la virtud del estudio que con tanto fruto practica hasta aquí.

Puede estar orgulloso de su discípulo el maestro D. Germán Cendoya que recibió muchas y muy merecidas felicitaciones.

José Otaño tocó el nocturno de Monasterio, y por su justeza en el tocar y su delicadeza en el decir, cautivó al auditorio que acogía con murmullos de aprobación la corrección con que expresaba algunas frases de la sentida obra y acabó por aplaudir con entusiasmo al joven violinista, llamándole dos veces al palco escénico y premiando su aplicación de la que dió gallarda prueba con su notabilísimo trabajo.

Igual victoria obtuvo el niño Rafael Mendiburu, tocando la pavana de Gabriel Marie para violoncello. Afinación, *doigtée*, elegancia y soltura en el manejo del instrumento y gusto en el decir, fueron las cualidades que reveló este ejecutante de doce primaveras, á quien el auditorio colmó de merecidísimos aplausos llamándole á escena, como á sus compañeros, y tributándole una calurosa ovación.

En la tercera parte se presentaron los alumnos de las clases de instrumentos de arco, una nube de muchachos, de los cuales llevan, los que más, tres años de estudios, incluyendo el solfeo, y los que menos, uno. Dirigiólos admirablemente el *maestro* Vega Seoane, un Ritcher que cuando entre en sorteo para soldado tendrá el siglo que viene la edad á la cual se dice que empieza el uso de razón.

Tocó esta orquesta liliputiense, cuya dirección excitaba la hilaridad del público por los movimientos siempre correctos pero por lo mismo más graciosos de su batuta, pero cuyos ejecutantes hicieron hermoso alarde de la sólida instrucción que reciben, la serenata de Desormes, la *reverie* de Plasencia y la sinfonía burlesca de Haydn; pero todos estos números más sonaron á himno de triunfo entonado en loor de la Academia que con éxito tan feliz les hace músicos y de las corporaciones que contribuyen á sostener ese centro de instrucción, honra y gloria de San Sebastián.

De los aplausos que esta orquesta, hoy de niños, mañana de buenos profesores,

alcanzó, corresponde una parte muy grande á su maestro, D. Alfredo Larrocha, á quien damos nuestra enhorabuena más sincera.

El concierto sacro celebrado el día 1.º de Abril fué un nuevo triunfo artístico para la Sociedad.

El *Stabat Mater* de Th. Dubois, es una grandiosa página impregnada de melancólica majestad. El fervor la ha inspirado y la ciencia musical de un gran talento la ha prestado sus galas para enriquecerla con los primores de una instrumentación sobria, pero elegante y valiosa. Nada más hermoso que las frases que modulan los solistas para llevarlas á un conjunto de belleza y grandiosidad.

El coro cantó con afinación y justeza admirables; los solistas señorita Montoya, que cantó con mucho gusto, el bajo señor Esnaola, cuyos progresos son palpables, y el señor Eizaguirre, que posee una bonita voz de tenor, de la cual con estudio puede sacar mucho provecho, secundaron el excelente trabajo del coro; la orquesta le completó tocando de modo inmejorable la soberbia página de Dubois, y el Sr. Echeverría dirigió magistralmente, resultando lo que no podía menos de resultar: un éxito completo, una ovación entusiástica del auditorio y la repetición del monumental *Stabat Mater*.

También la primera parte terminó con una ovación y con el *vis* del *allegro* del concierto en «re mayor» de Haendel.

Ya en el *adagio* el auditorio coronó con una salva de aplausos el pasaje de violoncellos dicho admirablemente por el señor Zuaznavar. Luego en el tiempo final las interrupciones con aplausos se sucedieron en premio á la labor notabilísima del maestro Cendoya, quien se nos reveló organista de cuerpo entero luchando con el recuerdo de Gigout que dos veces ha ejecutado este concierto en Bellas Artes, y en la lucha resultó enaltecido. Tal fué la limpidez de su dicción, el gusto artístico con que supo expresar y la destreza con que manejó el «pedalier» y los registros todos del or-

gano. El triunfo del señor Cendoya fué unánime y magno; de él puede vanagloriarse y por él le felicitamos.

En el «cantabile» de Rousseau y en la marcha religiosa de Guilmant fué también premiada su excelente labor con ruidosos aplausos.

Otro número repetido fué el *Ave María* del maestro Echeverría, cantado por la señorita Montoya. Tiene esta joven una voz muy bonita, bien timbrada y de bastante volumen; y aun cantando con la emoción que la produjera el presentarse por vez primera ante un público tan numeroso, cantó con tanta voluntad la citada obra, que el auditorio la aplaudió con insistencia y la llamó al palco escénico en unión del autor que ha escrito una página muy bella y sentida, por la cual recibió muchas y muy sinceras felicitaciones, á las que unimos la nuestra.

El Sr. Esnaola, de cuyos progresos hemos hablado más arriba, lució su envidiable voz en el *Jesu quem velatum* que, además, cantó muy bien, mereciendo los honores de ser llamado al palco escénico entre grandes aplausos.

En las melodías elogiadas y en los demás números del programa, la orquesta, dirigida por el maestro Larrocha como él sabe dirigirla, rayó á gran altura, y director y ejecutantes obtuvieron justísimas palmas.

Leo de Silka puso el punto final á la brillante temporada de Bellas Artes en este año.

Ningún artista de mejor cincel podía labrar la corona de una campaña artística tan lucida.

La sonata de Weber, cuyas dificultades solo los Leo de Silka pueden vencerlas, parece algo así como la agonía de un poeta que delira. En la pesadilla de su fiebre maneja una frase, hermosa figura con la que juega, la lleva, la trae, la viste de diversas formas deslumbradoras, quiere dejarla, olvidarla y vuelve irresistiblemente á ella rendido y enamorado con el amor tibio y dulce del que de amores muere. Los dos tiempos del final, y especialmente el último

son expresión gráfica, en lo que de gráfico puede tener el arte, de esa ilusión.

El *allegro* y el *adagio* de la fantasía 15 de Schubert son otra relación hecha por una mente no enferma, pero sí abrumada por las tempestades del espacio y por el vértigo de los abismos. El *adagio*, sobre todo, es página soberbia de inspiración, en la que tanto domina lo tétrico y doloroso que dá ganas de gritar como Goethe: ¡luz, luz.....!

En el *impromptu*, la tristeza quiere disfrazarse de alegría, pero bajo el jugueteo y el retozo con que la imaginación pretende distraer el sentimiento, palpita fatalmente la idea sombría gérmen de la desesperación.

Hasta en la marcha militar, con toda su brillantez, con todo su mecanismo armónico, con todo su juego de tonalidades, preside un vago presentimiento al que no se sustraen las bellezas de forma de que está dotada página tan genial.

Por último, las variaciones serias y las tres romanzas sin palabras de Mendelssohn testimoniaron su locura, divina, hamletiana, de la que no surgen manifestaciones de histerismo artístico, sino esplendideces de una fantasía desbordada, grandezas de una imaginación pletórica de ideas bellas. ¿Para qué palabras? Tiene razón el loco ideal. Sin ellas hay idilios y elegías, poemas y tragedias.....

Más difícil que explicar toda la celestial demencia de Mendelssohn, toda la amargura moral de Schubert y toda la leyenda romántica de Weber, sería explicar cómo tocó tales obras Leo de Silka.

Repitió un tiempo de la sonata de Weber, el *impromptu* de Schubert y una romanza de Mendelssohn, y tocó otra más de propina y se le aplaudió como se le aplaude siempre á Leo de Silka; con entusiasmo rayano en el delirio, y provocado por su maestría indiscutible, por su gusto incomparable y por su labor gigantesca y concienzuda, para la cual habrá nuevas frases de elogio cuando se haga un nuevo Diccionario de la Lengua.

ANGEL M.<sup>a</sup> CASTELL.

## De la tuberculosis pulmonar

Conferencia dada en la Sociedad Económica Vascongada de Amigos del País, el día 21 de Enero de 1900, por el doctor D. Tomás Acha.

Señoras y señores:

A no hallarme firmemente persuadido de que todo público tan ilustrado como el que aquí concurre es por naturaleza asáz complaciente y benévolo con aquellos á quienes—en ocasiones como la presente—distingue con su atención, confieso ingénuamente, que no me hubiera atrevido á aceptar la invitación que se me ha hecho para que diera una conferencia en este centro.

Pero esta circunstancia, unida al reconocimiento por mi parte, del deber en que todos estamos de cooperar, cada cual en la medida de sus fuerzas, á dar animación y vida á esta importante sociedad, ha concluido por decidirme á contraer el para mí grave compromiso de tener que dirigiros la palabra en esta noche, y nó, en verdad, por que para hacerlo me sienta halagado de vanidosas pretensiones, que en mí serian ridiculas, sino, sencillamente, por que me anima la buena intención, porque me inspira el mejor deseo, de contribuir á vulgarizar ciertos conocimientos de higiene privada y pública, hoy ya más que útiles, necesarios en la vida social.

Así, pues, en forma sencilla y llana, y sin otra aspiración que la de ser entendido por todos, trazaré un pequeño programa acerca de la materia de que me voy á ocupar, programa que quizá sirva de estímulo para que el día de mañana lo recoja y desarrolle, en forma más brillante y provechosa que la mía, otra persona de mayor autoridad y competencia.

El tema elegido es, sin duda alguna, uno de los más importantes dentro del vastísimo campo de la ciencia médica, al par que uno de los que más pueden interesar al público en general. Me refiero al estudio de los medios de propagación y de profilaxis de la tuberculosis pulmonar.

No temais que en el desarrollo de este asunto os moleste con relaciones fatigosas ó exposiciones doctrinales que solo ofrezcan interés médico ó profesional. Conozco lo árido de estas cuestiones así como lo vário del auditorio que me escucha y procuraré, por tanto, amoldarme lo mejor posible á las conveniencias del momento y abusar poco de vuestra paciencia.

\*  
\* \*

La tuberculosis, señores, es una terrible plaga de la humanidad que de una manera mansa, solapada é insidiosa, no solo nos arrebatara constantemente un crecidiísimo número de existencias, sembrando de lágrimas de dolor el hogar de todas las clases sociales, sino que reúne la triste y desconsoladora circunstancia de elegir su mayor número de víctimas entre esos seres afortunados que atraviesan la edad más hermosa de la vida, esa edad de la juventud, en que apenas hay una nube que empañe el cielo del presente y en que todas son risueñas esperanzas para el porvenir.

Y conste que no solamente bajo este punto de vista moral tiene suma gravedad y trascendental importancia la gran mortalidad de la tuberculosis, sino que también la tiene, y grande, bajo el punto de vista material. Por que así como la muerte de los seres queridos en la familia, viene casi siempre á perturbar el modo de ser de esta y aun el porvenir, á veces, de los individuos que la constituyen, así también la pérdida de tantos seres humanos tiene que afectar, y afecta hondamente al interés social.

Ese nutrido contingente de desgraciados vivientes, que la tuberculosis entrega prematuramente en brazos

de la muerte, representa una merma considerable en las actividades de nuestra vida, porque los elementos que á su formación concurren, son brazos que pierde la agricultura, son fuerzas que se restan á la industria, son obreros que se roban á la inteligencia. No hay que olvidar, en efecto, que la desaparición del hombre como elemento material, supone también la desaparición de la energía que más tarde ó más temprano había de desenvolverse; supone la privación de la idea que en él había de germinar, y..... ¡quién sabe, si en la fosa común donde descansa ese inerte montón de descompuesta masa cerebral, existen con ella, sepultados á la par, preciosos gérmenes de importantísimos descubrimientos ó salvadoras ideas de ansiada regeneración por la que hoy tanto suspiramos!

Lo cierto es que si Gutemberg no hubiera existido, tal vez careciésemos todavía de ese portentoso medio de información y de enseñanza que se llama imprenta; si un germen patógeno hubiera apagado el prodigioso poder creador é inventivo del gran Edison, es más que probable que hoy desconociéramos la mayor parte de esas maravillosas y recientes aplicaciones de la electricidad á la vida común.

Ante estas consideraciones, no extrañará, pues, á nadie, que el estudio de la tuberculosis constituya hoy, más bien que una cuestión médica, un verdadero problema social, y que los hombres que se consagran al estudio en interés de la colectividad humana hayan dado la voz de alarma y solicitado el concurso de todos para ver de aminorar, mediante una acción común, los terribles estragos que esta enfermedad produce.

No quisiera molestaros con la siempre pesada relación de datos estadísticos, pero no puedo menos de mencionar algunos números en corroboración de cuanto acabo de manifestar.

Si se analizan las cifras de mortalidad de las grandes poblaciones de Europa, se observa que por término medio el 14 por 100 de las defunciones habidas en Berlín son debidas á la tuberculosis; el 16 por 100 lo son en Londres; el 17 por 100 lo son en París; el 26 por 100 lo son en Viena.

Por lo que se refiere á España, solo en el año 1883 murieron, á causa de la tisis, muy cerca de 20.000 individuos, según datos tomados del Boletín de Beneficencia y Sanidad de aquel tiempo, y si consideramos el quinquenio de 1880 á 1884 resulta que 104.388 personas fallecieron por causa de la tisis en toda España é islas adyacentes.

Concretando la cuestión á nuestra propia casa, es decir á la ciudad de San Sebastián, resulta que en el decenio de 1889 á 1898 han perecido tísicos 1.905 individuos; y en el año 1899 que acaba de terminar aparece que de 961 defunciones registradas 612 corresponden á los adultos y de estas 128 son debidas á la tisis, lo cual supone un promedio de cerca de 21 por 100 que es en verdad alarmante y desconsolador.

Para que os vayais formando idea del considerable número de víctimas que esta enfermedad llega á producir terminaré diciéndoos que en los Estados Unidos y durante el quinquenio de los años 1850-1860-1870-1880 y 1890 en que se hizo el censo, fallecieron de tuberculosis pulmonar 345.963 personas. Y por fin que, según Chnepp, si sumamos las defunciones producidas en todo el mundo por todas las afecciones tuberculosas, ascienden á más de tres millones de víctimas por año.

Bien merece, pues, la pena de que todo el mundo se preocupe de este asunto y le conceda la importancia que verdaderamente tiene.

\*  
\* \*

La tuberculosis pulmonar, señores, es una enfermedad esencialmente contagiosa.

La idea de la contagiosidad de la tuberculosis pulmonar es muy antigua, pues data de la época de Hipó-

crates, y tan generalizada se hallaba esta creencia en los tiempos pasados que, en España mismo, donde la sanidad ha estado siempre algo descuidada, se impuso ya á los médicos el deber ineludible de dar conocimiento á las autoridades cuando sus enfermos entraban en el tercer periodo de esta enfermedad, é inmediatamente que el tísico moría, se desocupaba su habitación se quemaba su ropa y se desinfectaba toda la casa. En Italia, además de esto, se escribieron cartillas populares y hasta, en algunas ciudades, se llegaron á fijar carteles haciendo saber al público los peligros que entrañaba el contacto íntimo con los tísicos.

En la primera mitad del siglo actual, se dió un paso atrás ó de retroceso en cuanto á este particular. Primero se empezó á admitir la idea del contagio con determinadas restricciones, y después se concluyó por negarlo terminantemente, pues notables autores llegaron á sostener que tal concepto era una antigualla que había que desechar por completo, toda vez que la tisis no reconocía otra causa que las generales de debilitación orgánica actuando bajo la influencia de una predisposición individual.

Villemin, mediante sus notables investigaciones, fué quien puso un dique á estas equivocadas predicaciones, montando con aquellas el primer eslabón de la cadena de conocimientos que había de conducirnos al actual estado de evidencia con respecto á la causa y contagiosidad de este padecimiento.

Los trabajos de Villemin demostraron de una manera cierta y positiva la posibilidad de inocular la tisis á los animales, presentando con este motivo una importantísima Memoria á la Academia de Medicina de París en 5 de Diciembre de 1865.

La Academia nombró una comisión informadora para el estudio de la cuestión propuesta y esta comisión, aceptando casi en absoluto las ideas expuestas por Villemin, terminó por declarar que podía considerarse como un hecho inconcuso el de la *reproducción de la tuberculosis por medio de la inoculación de la materia tuberculosa*.

Claro es que en un principio no faltaron detractores de estos trabajos é impugnadores de tal doctrina, pero esto mismo dió motivo para que abriéndose amplia discusión entre los adversarios, repitiéndose los experimentos y estudiando la trasmisión del contagio por otras vías como la gástrica y la respiratoria, se viniese á confirmar en definitiva cuanto Villemin había afirmado como cierto. Así quedó nuevamente establecido el carácter contagioso é inoculable de la tuberculosis, y de ahí su naturaleza infectiva.

Nada de esto, sin embargo, podía satisfacer el ánimo investigador dentro de las ideas de progreso que caracterizan la época moderna. Era preciso determinar con más exactitud cuál era la causa próxima, qué principio, qué elemento había en la materia tuberculosa como generador del padecimiento que producía; y como quiera que las ideas de Pasteur habían ya recibido su sanción mediante el descubrimiento de determinados micro-organismos productores de otras enfermedades análogas, desde luego se sospechó que la causa próxima, eficiente de la tuberculosis, residiría también en algún otro micro-organismo más ó menos oculto á la investigación de los hombres de estudio.

Y así ha sucedido en efecto. Vanos fueron los insistentes trabajos de microbiología realizados por Bouchard y por Cohonheim; inútiles las investigaciones de Toussaint y de Klebs, buscando microbios en los tubérculos, pero al fin el sabio microbiólogo alemán, Roberto Koch, alcanzó la gloria de aislar el micro-organismo considerado hoy como la verdadera causa de la tuberculosis, dando cuenta de ello á la Sociedad Médica de Berlín mediante una luminosa comunicación en 24 de Marzo de 1882.

Dos años más tarde, ó sea en 1884, publicó Koch una

segunda Memoria relatando nuevos trabajos encaminados á demostrar que el micro-organismo determinado por él reúne las cuatro condiciones que este microbiólogo había previamente establecido como necesarias para que estos puedan considerarse como causa eficiente de un padecimiento: 1.<sup>a</sup> la de encontrarse siempre en la sangre ó en los tejidos del hombre ó animal enfermo ó muerto por el padecimiento de que se trata. 2.<sup>a</sup> la de la posibilidad de tomar estos micro-organismos del medio en que se encuentren en el animal, y de cultivarlos artificialmente, fuera del cuerpo, en una sustancia apropiada y al abrigo de otros microbios, hasta obtener un cultivo puro mediante la repetición de siembras. 3.<sup>a</sup> la de la producción de una enfermedad idéntica á la primitiva, en un animal sano y susceptible de padecerla, mediante la reinoculación de este cultivo artificial; y 4.<sup>a</sup> la de la aparición de micro-organismos, enteramente análogos á los primeros, en el animal enfermo, objeto de este ensayo.

Hoy por tanto, ya no ofrece duda alguna que la tuberculosis es una enfermedad parasitaria y que su causa próxima es el bacilo descubierto por Koch.

Resumiendo, pues, esta pequeña exposición histórica que acabo de hacer, resulta: 1.<sup>o</sup> Que en los tiempos pasados se consideró siempre á la tuberculosis como muy peligrosa de contagio, ajustando á este criterio toda clase de medidas de previsión. 2.<sup>o</sup> Que á principios del siglo actual, se hicieron lugar las ideas anticontagionistas, con grave riesgo, por cierto, de la salud pública. 3.<sup>o</sup> Que más tarde Villemin demostró la posibilidad de transmitir artificialmente la tuberculosis del hombre á los animales por medio de la materia tuberculosa, determinando así su carácter contagioso; y 4.<sup>o</sup> Que Koch ha venido á precisar que el principio patógeno contenido en la materia tuberculosa es un micro-organismo especial, causa próxima de este padecimiento.

\* \*

Ahora bien; ese bacilus, descubierto por Koch, y origen del contagio de la tisis, ¿permanece indisolublemente unido al organismo del individuo enfermo y sin que pueda separarse del mismo? ¿Basta, en una palabra, el evitar el contacto íntimo del tísico para considerarse á salvo de todo contagio? Desgraciadamente, no.

El tísico, bajo este concepto, se asemeja á algo así como á un rico cosechero que, por vía de propaganda, va dejando por todas partes las muestras de sus productos, y para convencerlos de ello no teneis más que analizar los hechos.

Todos sabeis que uno de los síntomas más molestos en estos enfermos es la tos; la tos produce la expectoración, y la expectoración representa una semilla activísima que difunde y disemina por todas partes el germen mortífero de este terrible padecimiento, á menos que á ello no se oponga el veto de acertadas disposiciones sanitarias unidas á una conveniente educación social.

Porque habeis de tener en cuenta que se ha calculado en nada menos que en 720 millones el número de micro-organismos que un solo tísico puede arrojar con su expectoración en el término de 24 horas. Y como los tísicos no son enfermos de esos que se ven obligados á permanecer en su casa desde que su padecimiento empieza, sino que, antes al contrario, puede decirse que alternan y hacen vida común con todo el mundo hasta los últimos días de su vida, resulta que haciendo uso de esa libertad que les concede la naturaleza, en compensación, sin duda, de los sufrimientos que á la vez les impone, no solo infectan la ropa de su cama y habitación que ocupan, mediante su abundante expectoración, sino que pasean su padecimiento, sin aprensión alguna, por entre todos sus conciudadanos, dejando tras sí peligrosas huellas de su presencia. Desconocedores, casi siempre, de la verdadera índole de la enfer-

medad que les aqueja, no dan la menor importancia á la virulencia de sus secreciones y de nada se recatan. Así es que se cruzan con todos en la calle; concurren al paseo público á que los demás concurren; asisten á las representaciones teatrales á donde el público asiste; cumplen los preceptos del culto religioso á la par y en el mismo templo en que lo hacen los demás devotos; os sirven de improvisados compañeros en vuestros viajes, sean estos marítimos ó terrestres; se alojan en el mismo hotel en donde os alojais vosotros; con ellos os encontrais en todas partes.

Si á esto agregais que la tuberculosis la padecen también ciertos animales domésticos como el ganado vacuno que nos surte de carnes; que la vaca segrega además una sustancia alimenticia tan generalizada como es la leche; que con la leche, infecta de microbios, se elaboran la mantequilla y los quesos, etc, etc, no podreis menos en convenir, conmigo, en cuan grandes y numerosos son los peligros que bajo este concepto nos rodean, y cuán grandes y numerosas deben ser también las precauciones que hayan de adoptarse para ponernos al abrigo de ese azote social que de tal manera nos asedia.

\* \*

Sabemos ya cuál es el agente del contagio de la tuberculosis y conocemos lo profusamente repartido que se encuentra en rededor nuestro.

Veamos ahora las vías por donde puede penetrar en nuestro organismo.

Trazadas quedan ya con lo dicho las dos principales, que son la respiratoria y la digestiva.

Empecemos por la primera.

Que el contagio puede verificarse por esta vía lo demostró el mismo Koch por medio de experiencias que determinaron la infección mediante la inhalación ó respiración de cultivos de bacilos.

Dentro de un armario encerró varios conejos y ratones y colocó en él cincuenta centímetros cúbicos de líquido de un cultivo de esta clase, observando al cabo de pocos días que siete de estos animales habían muerto, y sacrificados los demás á los veintiocho días, aparecieron en todos ellos lesiones características de la tuberculosis.

Ahora bien. ¿De qué modo penetra el bacilo de la tuberculosis en el pulmón del hombre? Pues, puede decirse, que en una forma análoga á la que determina el experimento anterior, porque no hay que olvidar que este micro-organismo opone una gran resistencia á la putrefacción mientras existe en el esputo fresco, y que una vez este desecado conserva todavía aquél por más tiempo su virulencia.

Según esto, los esputos, previa y profusamente repartidos por los tísicos en todas partes, se desecan primero bajo la influencia del aire y del calor, se fraccionan y pulverizan después y, ya como consecuencia de la acción del viento, ya como resultado del movimiento de la población, este polvo flota en el aire y es transportado de un lugar á otro. En esta forma puede penetrar en nuestros pulmones y determinar un foco tuberculoso si las condiciones individuales del que lo recibe son afortunadas para ello. Así se explica también el hecho de que en el polvo recogido en la habitación de los tísicos, en las salas de los hospitales, cuarteles, teatros, etc, y aun en las mismas calles, se encuentre con sobrada frecuencia el bacilo de Koch.

Habiendo dudado Fricke de esta forma de contagio y rebajado la importancia de la diseminación de los esputos desecados, hizo que Cornet practicara el siguiente experimento de que dió cuenta á la Sociedad de Medicina de Berlin el día 16 de Marzo del año 1895. Recogió primero esputos de un tuberculoso y los depositó luego sobre una alfombra que colocó en un salón del Oficio Sanitario imperial dejándolos secar exponétaneamente después de mezclados con polvo. Al cabo

de cierto tiempo encerró en dicha habitación y á diferentes alturas del pavimento cuarenta y ocho conejillos de indias y así preparadas las cosas el experimentador sacudió la alfombra con insistencia á fin de desprender y hacer flotar al polvo, dando esto como resultado el que de los 48 conejillos sufriesen 46 la infección tuberculosa.

Al relatar estos hechos se agrega que las precauciones tomadas por el experimentador para preservarse á si mismo mediante una blusa, capucha y careta de algodón en rama no fueron suficientes para evitar que los bacilos penetrasen en sus fosas nasales, toda vez que inoculados algunos conejillos con sus mucosidades sufrió uno la infección.

Por lo demás son muchos los hechos recogidos en la vida práctica que vienen á confirmar este género de contagio.

De una familia española, se refiere, que se hallaba constituida por un matrimonio muy robusto, contando cada uno de los conyuges unos 50 años de edad, y de dos hijas, una de ellas soltera y la otra casada con un militar, habitando todos juntos una casa reducida. Pues bien; las vicisitudes de la vida militar vinieron á determinar en este una tuberculosis pulmonar de la que llegó á morir. Ninguna medida de precaución sanitaria se adoptó con respecto á las prendas de su uso personal ni con relación á la habitación que habia ocupado, pero bien pronto se hicieron sentir los efectos del contagio, pues la muger del fallecido primero, y sus padres despues, fueron muriendo uno tras otro de la misma enfermedad, apesar de su habitual buena salud, sobreviviendo solo la segunda hija, soltera, que, convencida de la existencia de las causas trasmisoras del padecimiento, se cambio de casa y adoptó además todas aquellas reglas de previsión higiénica que son de rigor en estos casos.

En las obras de Patología y de Higiene se cita entre otros casos muy demostrativos el de una oficina de París en donde trabajaban veintidos empleados sin preocuparse lo más mínimo de cuanto la higiene aconseja.

Uno de ellos se hizo tuberculoso y arrojaba diariamente al suelo sus esputos, que quedaban desparrramados por todas partes hasta el día siguiente.

La hora de principiar las tareas era precisamente la que inmediatamente seguia á la de la limpieza y barrido de la mañana, y ante circunstancias tan favorables para el contagio, lo que sucedió es que al cabo de un corto plazo y de un modo sucesivo, fueron muriendo de tuberculosis quince de los veintidos empleados.

Alarmados con este motivo los principales y dependientes de esta administración, resolvieron renovar por completo el pavimento y sanear los muros y muebles del escritorio y desde este instante no volvió á presentarse ningún caso de esta clase entre los allí reunidos.

Prueba evidente de que se habia hecho desaparecer el germen de trasmisión del padecimiento antes profusamente repartido.

Voy, por fin, á referiros un tercer caso de evidente contagio que menciona el Doctor Flind.

Se trata de una familia obrera residente en una villa de Dinamarca que entre sus miembros contaba con dos enfermos de tuberculosis: la mujer y uno de los hijos.

En estas condiciones recibió como huéspedes y para hacer vida común á los individuos de otra familia constituida por el matrimonio y cinco hijos, unos y otros en perfecto estado de salud y desprovistos de todo antecedente sospechoso.

Al cabo de unos cuantos meses habian muerto de tuberculosis los cinco hijos de la familia que habia recibido tan poco envidiable alojamiento.

\*  
\* \*

Aceptado por tanto como indiscutible el peligro del contagio bajo esta forma ¿de qué medios podremos valernos para contrarrestarlo?

Ya sabemos las condiciones que determinan el contagio: 1.º diseminación de los esputos; 2.º desecación de los mismos, y 3.º fraccionamiento, pulverización y dispersión de estos productos.

Pues opongámonos á la diseminación de los esputos; evitemos su desecación y pulverización ¿Cómo? Haciendo que el tísico espectoré siempre dentro de una escupidera higiénica, que debe reunir las condiciones siguientes: ser metálica, estar convenientemente tapada mientras no se haga uso de ella, y contener un poco de agua ó mejor de un líquido antiséptico que puede ser una solución de sublimado al 3 por 100; una solución de sulfato de cobre al 40 por 100, ó de ácido fénico.

La condición de ser metálica obedece al objeto de evitar su rotura en las operaciones de limpieza que tienen que ser frecuentes pues en diferentes ocasiones se han registrado heridas producidas por trozos de escupidera que contenia bacilus, heridas que no estan exentas de peligros como luego os explicaré.

La escupidera debe mantenerse tapada mientras no se utiliza, nó por que la evaporación de su contenido pueda entrañar riesgo de ningún género, sino sencillamente para evitar que las moscas, chinches ú otros insectos se pongan en contacto con los esputos y puedan arrastrar algún bacilo que vayan á depositar en cualquiera herida de la piel ó de las mucosas por donde llegue á ser absorbido, ó sobre los alimentos ó bebidas de que hemos de hacer uso.

No se pondrá nunca dentro de la escupidera ceniza, arena, serrín ni ninguna otra sustancia pulverulenta que, sin duda alguna, disminuye la repugnancia que siempre inspira la obligada contemplación de la expectoración, pero que en cambio facilita la desecación y fraccionamiento de los esputos, que es á lo que debemos oponernos.

Por esta razón lo que debe colocarse dentro de la escupidera es agua ó un líquido desinfectante que conservando el esputo húmedo hace que se halle retenido en su masa el bacilo tuberculógeno.

El contenido de estas escupideras no debe arrojarse en patios, jardines, estercoleros, etc., pues en caso contrario se corre el riesgo de que mediante la ingestión de estos productos se hagan tuberculosas las gallinas ú otros animales que nos suministran sus carnes ó productos. Lo preferible es verter este contenido en el agua hirviendo, que mata los bacilos, ó mejor echarlo al fuego, que todo lo destruye, desinfectando la escupidera á renglón seguido mediante su permanencia durante unos cinco minutos dentro de una vasija que contenga agua hirviendo con una solución de 10 por 100 de carbonato de potasa.

Pero el uso de la escupidera debe ser continuo y sin ninguna clase de intermitencias. Así es que para evitar que el tísico escupa en el pañuelo, costumbre muy peligrosa, ó lo haga en la vía pública ó puntos á donde acude cuando abandone su casa, debe proveérsele de una escupidera de bolsillo, para cuyo objeto se han ideado una porción de modelos, entre los cuales el más usado generalmente es el francés, de Petit, el cual consiste en una cajita cilíndrica, algo aplastada, provista de una especie de embudo en su abertura, constituyendo el todo un aparato que recuerda los tinteros invertibles. Su disposición, naturalmente, está estudiada de modo que permite una limpieza y desinfección conveniente.

Hay otro modelo americano, más sencillo, que obedece á la idea de suprimir toda operación de limpieza, pues construyéndose de cartón y á bajo precio cabe con él la posibilidad de destruir diariamente por medio del fuego el continente y contenido, economizando el trabajo de la desinfección.

Pero estas medidas de carácter particular no bastan. Es preciso, además, que las autoridades por su parte exijan que en todos aquellos centros de reunión á donde acude mucho público á recrearse, como cafés, teatros, círculos, estén provistos de escupideras en suficiente número para poder imponer á todos los concurrentes la obligación de no escupir fuera de ellas, haciéndoles saber, por medio de carteles colocados en los puntos más visibles, que el quebrantamiento de este mandato será penado por quien corresponda.

Asimismo debieran colocarse escupideras higiénicas en todos aquellos establecimientos en donde se reúnen muchas personas con un fin cualquiera, como son las fábricas, los talleres, los cuarteles, las Universidades, y hasta en los templos, pues para que no quede lugar alguno libre de este malhadado bacilo se le ha llegado á encontrar hasta en las pilas del agua bendita de las iglesias, en unión de otro no menos temible, que es el que produce la difteria.

Se comprende, por tanto, que dentro de las medidas profilácticas de la tuberculosis se abarque hasta la que se refiere á la desinfección frecuente de las pilas del agua bendita, y mejor aún que esto mismo, la de que se sustituyan éstas, según se ha propuesto por algunos, por una pequeña fuente de agua corriente en la que vaya ésta desprendiéndose gota á gota de un modo continuo y sin que se detenga en el recipiente que la recibe. No hay duda alguna de que en esta forma, bien sencilla por cierto, se ponía remedio al peligro que queda referido.

El complemento necesario de las medidas de precaución que quedan expuestas sería el establecimiento de escupideros públicos en las calles y paseos más concurridos, en forma más ó menos análoga á la de las columnas mingitorias y conforme se viene haciendo ya en las poblaciones más adelantadas del mundo.

No se me oculta que tal vez esta innovación fuera en un principio mal recibida por la parte del público menos reflexiva é ilustrada, pero es indudable que al fin su uso sería sancionado por la costumbre y que las burlas ó la oposición del período de la novedad serían más tarde compensadas con posteriores y positivos beneficios.

Por lo demás, claro es que las escupideras deberían colocarse á la altura media del cuerpo, hallarse convenientemente tapadas, y en general dispuestos en forma adecuada á los fines propuestos con su instalación.

Dispuestas las cosas en esta forma, vendría como consecuencia necesaria, la obligación por parte de todos de respetar el precepto legal en que se consignara la prohibición de escupir en la vía pública, conforme se halla establecido en Francia, Alemania y otras naciones.

Tan general se va ya haciendo está prohibición como medida de profilaxis contra la tuberculosis, que en Boston se ha publicado, hace todavía pocos meses, un aviso al público, en que se especifica que se prohíbe terminantemente escupir en las iglesias, mercados, salas de espera de las estaciones, aceras de las calles, plaza públicas, etc., bajo la multa de 500 francos nada menos. Tal es la importancia que se concede allí á este asunto.

Lo indudable es que precisa en alto grado educar al público en lo que á este particular se refiere, haciéndole comprender la importancia que encierra el recogido y la destrucción de los esputos y la trascendencia que tiene su diseminación.

Cornet no pudo producir la infección en los animales con el polvo recogido en seis habitaciones de tísicos que esputaban en la escupidera, mientras que la ha producido 74 veces por 100 con el polvo tomado en los puntos en que los enfermos escupían en el suelo ó en el pañuelo.

Si pues las predicaciones de los higienistas y la edu-

cación social dieran como resultado la supresión de los esputos fuera de las escupideras y la destrucción de estos productos por el fuego, se simplificaría notablemente el problema profiláctico de esta terrible enfermedad, pero mientras se llega á este verdadero desideratum, claro es que tienen que adoptarse otras precauciones encaminadas á contrarrestar el efecto de la diseminación de los bacilos.

De aquí que sea absolutamente necesaria la desinfección de las ropas de cama usadas por el enfermo, de las prendas de uso del mismo y de la habitación que haya ocupado, no siendo pocos los casos de contagio que registra la ciencia, habidos por el descuido de estas prácticas con respecto á los objetos y trajes que utilizaba el tísico y de que se han apropiado después sus parientes ó amigos.

Toda ropa blanca, sábanas, toallas, servilletas, etcétera, serán recogidas sin grandes sacudimientos y hervidas por unos quince minutos, cuando no se den á la desinfección oficial con los vestidos del finado.

Para la limpieza de la habitación no se debe emplear nunca el barrido, sobre todo en seco, creyéndome ya dispensado de insistir en el por qué.

Lo que procede hacer es fregarlo con un paño mojado en una disolución de ácido fénico al 5 por 100 y esto no solo en cuanto al pavimento sino que también con respecto á las paredes, molduras y demás partes salientes.

Hoy en día el procedimiento de desinfección de las habitaciones es completamente perturbador y revolucionario con respecto á las costumbres hasta aquí establecidas, pues supone la necesidad de modificar completamente el amueblado de las mismas.

El gran clínico Peter se opone terminantemente á la existencia de ninguna tapicería en el cuarto de los tuberculosos, y considera de absoluta necesidad que las paredes de la estancia, el suelo, las alfombras ó esterres que lo recubran, etc. permitan un lavado rápido y frecuentemente repetido.

La desinfección del cuarto del enfermo, por otra parte, no solo es medida de interés particular de la familia del enfermo, sino que entraña á veces un trascendental asunto de higiene pública.

Nada más frecuente, en efecto, que el hecho de que la muerte de un individuo enfermo traiga consigo el rápido y acaso precipitado traslado de toda la familia á un nuevo domicilio, abandonando todo cuidado de desinfección que libre de peligro al nuevo inquilino, y, á menos que un buen servicio de administración y policía sanitarias vengán á evitarlo, queda todo dispuesto en las condiciones más abonadas para que el nuevo habitante de este local sea la inocente víctima de semejante descuido.

¿Qué otra cosa que esto ocurre diariamente en muchas fondas, hoteles, casas de huéspedes, etc., de los grandes centros de población y aun de muchos establecimientos balnearios?

Pues téngase en cuenta que las defunciones ocasionadas por esta causa representan otros tantos asesinatos que la justicia debía perseguir y castigar con igual empeño y con el mismo rigor con que persigue y pena al criminal vulgar que pega una puñalada á la luz del día y en medio de la vía pública. Porque es indudable que muchos de esos fallecimientos inesperados é inexplicables, sobrevenidos rápidamente en personas de habitual buena salud no tendrían á veces lugar, si no se hubiera manejado imprudentemente ese verdadero puñal del contagio microbiano, que de un modo cierto viene á herir, y á mansalva, á un pacífico ciudadano, á quien priva del derecho de la vida. Este es, pues, un verdadero crimen.

Digámoslo, por consiguiente, de una vez. En los hoteles y hospederías, en general, debemos en lo sucesivo renunciar, en bien de la salud, á esos refinamien-

tos de comodidad y de lujo que constituyen el elegante ajuar de la habitación, eligiendo como más higiénico, en el sentido ya aplicado, aquellas que, libres de toda clase de mullidos y tapices, se presten á una buena limpieza y lavado general antes de ser ocupadas. Medida es esta que al público en general corresponde adoptar por su propio interés y conveniencia.

\* \*

No otra cosa que habitaciones transitorias son también para el objeto que estamos examinando los vehiculos de que el tísico se sirve para trasladarse al hospital, al sanatorio, al balneario ó á la población á que acude en busca de curación: tales son los ferrocarriles, coches de alquiler, etc., en donde también es frecuente hallar las tristes huellas del paso de estos desgraciados.

Las experiencias de Cornet, de que ya os he hablado, demostrando que el polvo depositado en las paredes y en los muebles de los locales habitados durante algún tiempo por un tísico, contenían bacilos tuberculosos virulentos, trascendió hasta tal punto que el público empezó á preocuparse seriamente acerca del riesgo que corría su salud en los viajes por los ferrocarriles, toda vez que constantemente se veían circular por ellos, y mezclados con los demás viajeros, á un crecido número de enfermos de esta clase.

Y verdaderamente el riesgo nopo de ser más positivo, pues se cita el caso de una familia que habiendo realizado un viaje en un vagón de primera clase que acababa de ser abandonado por un tísico, se contagiaron toda ella haciéndose tuberculosos los siete individuos que la componían, debiendo anotar, á propósito de esto, que precisamente los coches de primera son más peligrosos que ningún otro, y sobre todo que los de tercera, á los que la falta de mullidos y materias contumaces los hace susceptibles de una desinfección más perfecta y más fácil.

Pues bien; en estas circunstancias se extendió por todo el mundo la grata noticia de que Koch había descubierto un nuevo y eficaz procedimiento para la curación de la tuberculosis, y con tan fundado motivo un número inmenso de tísicos asalta materialmente los trenes y se pone en camino para Berlin. Ante un hecho de esta naturaleza todos los periódicos médicos y políticos dieron la voz de alarma haciendo ver los peligros que esto entrañaba y excitando al gobierno alemán para que fijara en ello su atención. Consecuencia de todo esto fueron las experiencias practicadas por la sección de bacteriología del laboratorio del oficio imperial de la Salud de Berlin desde mediados de Enero de 1891 hasta principios de Julio de 1892, proponiéndose investigar: 1.º la presencia del bacilo tuberculoso en los coches de 1.ª, 2.ª y 3.ª de los ferrocarriles; 2.º la proporción de estos bacilos en los distintos compartimientos y diferentes partes de un mismo compartimiento; y 3.º medios más ventajosos y económicos de practicar la limpieza y desinfección de todo este material afecto al servicio del público.

Aun cuando son curiosísimas estas minuciosas experiencias, no quiero entrar á describirlas porque temo extenderme mucho y molestaros demasiado. Basta á mi objeto el manifestaros que recogido por medio de pequeñas esponjas esterilizadas y ligeramente humedecidas el polvo depositado por el aire en las paredes laterales, en el techo, guarniciones, etc. de los coches, é inoculados convenientemente con él un crecido número de conejillos de India, quedó evidentemente demostrada la existencia, no solo de los gérmenes de la tuberculosis, sino que también la de otras materias sépticas y peligrosas.

No es por tanto extraño que el Ministro de Trabajos Públicos de Prusia, publicara, á reglón seguido, unas ordenanzas relativas á la limpieza y desinfección de las salas de espera de las estaciones y de los vagones

destinados á los viajeros, las cuales se pusieron en vigor el día 1.º de Abril de 1898 á fin de prevenir tales peligros de contagio.

También en Francia ha sido objeto de interesantes discusiones en la Sociedad de Medicina Pública y de Higiene Profesional, en el año 1899, el tema referente á la desinfección de toda clase de vehiculos en que se trasportan viajeros, concediendo á esta cuestión tanta más importancia, cuanto que los modernos sistemas de tratamiento higiénico de los tísicos por medio de la llamada cura al aire libre, y en los sanatorios, obliga á estos enfermos á frecuentes y largos viajes que vienen haciendo en los mismos trenes y en los mismos departamentos de los demás viajeros.

Por otra parte, el anuncio de la próxima Exposición de Paris multiplicará en breve de un modo extraordinario el movimiento de viajeros en los trenes hacia la capital de Francia, y todo ello contribuye á dar una excepcional importancia á esta cuestión puesta en la actualidad sobre el tapete.

El Ministro de Trabajos Públicos francés, al igual que el de Prusia, dictó una circular en el año 1893, recomendando el lavado diario del suelo de los coches con una disolución antiséptica y la fijación de carteles rogando á los viajeros que se abstengan de escupir fuera de las escupideras antisépticas, circular que ha sido ampliada en Mayo de 1899; porque lo anómalo es que las compañías francesas de ferrocarriles que de tiempo atrás vienen desinfectando los vagones destinados al transporte de ganados, apenas practican desinfección alguna en los coches de los viajeros, no obstante ser común y frecuente el hecho de ver juntos en el mismo departamento un niño afecto de coqueluche ó convaleciente de difteria con otro en perfecto estado de salud.

El Consejo de Higiene de Chateaubriant propuso también que las compañías de los ferrocarriles expendieran billetes especiales para esta clase de enfermos que les permitieran tan solo ocupar coches provistos de chapas que indicaran que habían de ser desinfectados al término de su destino.

En el Reglamento de Sanidad Exterior dictado recientemente por el Ministro español de la Gobernación, Sr. Dato, y que lleva la fecha de 27 de Octubre último, ya se incluyen, como no podía menos de suceder, algunos artículos dedicados á la desinfección de estaciones y vagones del ferrocarril.

En todas partes, en fin, se ha llegado á comprender que es ya hora de evitar que á los muchos riesgos de los ferrocarriles se añada el peligro de las enfermedades.

Cuanto llevamos dicho respecto á los ferrocarriles, tiene perfecta aplicación á los tranvías y coches que hacen el servicio público dentro de las poblaciones, y que según citas de Parrot y de otros médicos han servido más de una vez de medio de contagio. Nada tiene de particular, en efecto, que haya habido niños que han contraído la difteria ó la viruela en coches que habían conducido momentos antes al hospital otros niños afectados de estos padecimientos.

El remedio de esto, como todos lo comprendéis, estriba en restringir esa inesplicable libertad que hoy existe para la utilización de estos coches públicos en esta clase de servicios, mediante el establecimiento de ambulancias municipales encargadas del transporte de todo enfermo contagioso bajo la dirección y vigilancia de una inspección sanitaria.

(Concluirá)

